LOS PROCEDIMIENTOS DE EXPRESIVIDAD EN FRANCÉS MODERNO

(Primera parte)

I. CONSIDERACIONES GENERALES

Mucho se ha insistido sobre la claridad y la precisión de la lengua francesa, afirmándose con insistencia que el francés es la lengua de la razón. El espíritu filosófico y matemático de los franceses, o si se quiere —en un sentido más estricto y preciso— su espíritu lógico y geométrico, tiene un claro exponente en la lengua. La frase francesa es como una línea recta en la que aparece primero la persona o la cosa de la que se va a decir algo; luego lo que la persona o la cosa es o hace; añadiendo, cuando así conviene, sobre quien recae la acción, cómo se realiza, etc.

El lenguaje, en efecto, sirve para expresar ideas y pensamientos y dar cuenta de unos hechos. En toda comunicación verbal, así oral como escrita, existe un emisor y un receptor. Es un mensaje en el que, mediante un código convencional, el locutor transmite lo que sabe o piensa a su receptor. En la lengua hablada, y frecuentemente en la escrita, el que transmite un mensaje conoce a su interlocutor. En el lenguaje literario es muy frecuente que lo desconozca; y entonces el escritor transmite su mensaje un poco al azar. Este mensaje literario, generalmente menos natural y espontáneo, viene casi siempre marcado por su finalidad estética, por la búsqueda de la belleza literaria, que lo hace más artificial, como obra de arte que es o pretende ser. Desconocido el receptor, va generalmente destinado a quien lo encuentre, quienquiera que sea. Es como una inscrip-

ción que, grabada en un camino, pide al caminante que se detenga y lea el mensaje: *Siste viator et lege* parece decirle, «detente caminante y lee».

El lenguaje, como acabamos de decir, sirve para expresar las ideas y los pensamientos y dar a conocer hechos. Pero también sirve para reflejar estados de ánimo. El hombre no es sólo razón, sino también pasión; y las pasiones le dominan en muchas ocasiones. Por eso incluso el francés se rebela no pocas veces a someterse a este orden rígido y demasiado frío de la frase.

Por muy frío que uno sea y por mucho dominio que sobre sí mismo uno pretenda tener, los sentimientos y las emociones, los estados de ánimo (el entusiasmo, la tristeza, el dolor, la alegría, los arrebatos de cólera y enfado, etc.) se manifiestan y traicionan al exterior de muy diversas maneras, y naturalmente en muy distintos grados. Según las personas y las circunstancias, de acuerdo con el ambiente y la educación, y con mayor o menor facilidad según las posibilidades que ofrezca la lengua, unas veces serán sencillamente gestos o expresiones mímicas; otras, simples gritos o exclamaciones; en ocasiones vendrán marcados por distintas modalidades de tono; y también otras veces por el vocabulario o por la morfosintaxis.

Hay regiones y ambientes en que los signos exteriores (mímica, gestos...) son mucho más expresivos y manifiestos que en otros. Por ejemplo, en el campo más que en la ciudad; y en las regiones meridionales más que en las nórdicas. En Francia concretamente los habitantes del Midi suelen ser más gráficos y expresivos en mímica y en gestos que los del Norte. También la abundancia, variedad y expresividad de las exclamaciones y los gritos varían notablemente según los ambientes y las regiones. En nuestro estudio prescindiremos de los gestos y de la mímica; y por lo general dedicaremos muy poca atención a las exclamaciones e interjecciones. Nos fijaremos, en cambio, más en los medios fonéticos (entonación y acento de insistencia) y en los medios propiamente lingüísticos: vocabulario y morfosintaxis. En este primer artículo estudiaremos la morfosintaxis expresiva del francés, dejando para otro ulterior el estudio de la fonética y de la semántica, así como algunas observaciones acerca de la ortografía expresiva.

Conviene recordar, antes de pasar adelante, que no es el mismo el lenguaje que empleamos en la intimidad de la familia que el de las

relaciones sociales de todos los días y menos aún que el de las grandes solemnidades. En la intimidad de la familia y con los amigos de más confianza empleamos un lenguaje con frecuencia muy sencillo y descuidado sin que nos preocupe su mayor o menor corrección, permitiéndose incluso expresiones e incorrecciones que en modo alguno nos permitiríamos en otras ocasiones. En las relaciones sociales de todos los días suele emplearse un lenguaje corriente y normal, exento de graves imperfecciones pero sin prurito tampoco de una corrección extremada. En las grandes solemnidades, en cambio, en una conferencia o un discurso, en una recepción o con personas de cierto rango y poca confianza estamos obligados a un lenguaje esmerado y muy cuidado.

Estos tres grados se manifiestan lo mismo en el tono y pronunciación que en el vocabulario y en la construcción gramatical. La manifestación de nuestros sentimientos y de nuestros estados de ánimo está en relación directa con el grado de confianza y con la naturalidad con que hablamos. De ahí el carácter más expresivo de la lengua familiar.

El francés, como ya hemos señalado y haremos notar constantemente en nuestro estudio, es una lengua de la razón, apta como ninguna para expresar conceptos, ideas y pensamientos y para relatar hechos y acontecimientos; pero en cambio es fría y poco expresiva para manifestar sentimientos y estados de ánimo. Pero como el hombre no es sólo razón sino también sentimiento, no es sólo cerebro sino también corazón, no sólo piensa y discurre, sino que también siente, padece y goza, y quiere y necesita manifestar sus sentimientos, sus alegrías, sus enfados, su entusiasmo, etc., resulta que, frente a la frialdad y rigidez de la sintaxis francesa, se produce una reacción, sobre todo en el lenguaje familiar (más sincero y espontáneo) y también en el literario (con las posibilidades que le ofrecen los recursos estilísticos).

* * *

La estilística, a nuestro modo de ver, ha de abarcar el estudio de los valores expresivos y de los valores impresivos. Los valores expresivos revelan y delatan los sentimientos y deseos del que habla o escribe, su carácter y temperamento, su origen so-

cial y su ambiente. Son algo natural y espontáneo; la manifestación, la exteriorización de los sentimientos interiores. Los valores impresivos, por su parte, traducen o dan a conocer los propósitos o intenciones deliberadamente queridos por el que habla o escribe; son la manifestación, la exteriorización de las impresiones que se pretenden producir en la persona (o personas) a quien se dirige el que habla o escribe. Para algunos tratados, solamente tiene cabida en la estilística el estudio de los valores expresivos, es decir, de los que son resultado de la manifestación espontánea y natural de los sentimientos y deseos interiores del que habla o escribe, de su temperamento y carácter, de su origen social y de su ambiente.

No vale la pena perder el tiempo en estas discusiones en las que es muy fácil aportar razones en pro y en contra de una y otra postura. Lo esencial es adoptar un criterio —cualquiera que sea— y ajustarse a él. Por nuestra parte preferimos un criterio amplio, ya que en la práctica es muchas veces difícil poder precisar con exactitud si tal o cual construcción, palabra o tono responde a un propósito deliberado o a un impulso natural y espontáneo. Por lo general, en la lengua familiar y corriente predominan los valores expresivos; en la literaria, en cambio, los impresivos. La lengua hablada en la vida corriente, sin preocupación alguna de carácter estético, es fundamentalmente expresiva o afectiva. Y cuanto más natural y espontánea, más expresiva. Cuando la lengua hablada es, en cambio, afectada y poco natural (por ejemplo los que se escuchan cuando hablan), disminuye de manera sensible la expresividad. Expresividad y naturalidad están en relación directa. La lengua escrita, sobre todo con fines estéticos y literarios, así como la hablada de las grandes ocasiones (conferencias y discursos...) son de ordinario poco expresivas; pero algunas veces están muy influidas por valores impresivos.

* * *

En la práctica, rara vez se expresa una idea o un pensamiento lisa y llanamente sin influencia alguna de afectividad. Solamente en el lenguaje filosófico y matemático y en la mayoría de los tratados y estudios científicos se emplea un lenguaje que podemos decir frío, desprovisto de toda influencia afectiva o volitiva.

En la práctica, para pedir, por ejemplo, que uno calle, rara vez nos limitamos a decir sencillamente *calla*, sino que lo hacemos diciendo: *calla por favor, podrías callar, pero calla, quieres callar, pero quieres callar, quieres hacer el favor de callar*, y aún otras, en lenguaje vulgar, menos académicas, es cierto, pero más expresivas y contundentes. Incluso cuando nos limitamos a decir *calla*, caben en el tono diferentes matices de afectividad o expresividad muy significativos. Para agradecer algo, no siempre nos limitamos a decir *gracias*, sino que según las circunstancias y las ocasiones y de acuerdo también con las características y condiciones de expresividad de cada uno y con sus sentimientos de gratitud, decimos o bien oímos decir: *oh, muchas gracias, muchísimas gracias, gracias gracias, gracias pero que muchísimas gracias, no sabes cuanto (o cuantísimo) te lo agradezco, te estoy (o te quedo) sumamente agradecido*, etc.

En estos dos ejemplos españoles que acabamos de aducir podemos observar cómo, en lugar de expresar una idea (orden o ruego de guardar silencio en el primer caso, manifestación de gratitud en el segundo) con una sola palabra (*calla, gracias*), se recurre con frecuencia a unas expresiones ampliadas y mucho más expresivas.

En otras ocasiones, como recuerda acertadamente Dauzat¹, el lenguaje afectivo acorta y reduce al mínimo las subordinadas, características de la expresión intelectual; y multiplica en cambio las elipsis para condensar las frases en unas cuantas palabras expresivas suprimiendo en la medida de lo posible los «*outils grammaticaux*». La oración de infinitivo (por ejemplo: *moi, me traher ainsi!*) es frecuente en el lenguaje afectivo, así como la interrogación exclamativa (*veux-tu rester tranquille*) y la fórmula hipotética (*si vous saviez combien je souffre!*).

* * *

El francés, como ya hemos indicado, es esencialmente lengua de la razón. Cabe oponerle, desde este punto de vista no sólo al latín y al español, sino también al provenzal e incluso al antiguo francés. Una y otra vez hemos de comprobar en nuestro estudio esta oposi-

¹ A. Dauzat, *Phonétique et grammaire historiques de la langue française*, Paris, Larousse, 1950, pág. 290 ss.

ción que enfrenta al francés actual con el latín, el español, el provenzal y el antiguo francés. Estas son lenguas que ofrecen posibilidades sorprendentes para expresar, para exteriorizar y manifestar los valores expresivos; son lenguas muy apropiadas para la afectividad y la expresividad. De ahí en gran parte las dificultades de traducción, así del latín al francés, como incluso del antiguo francés al francés moderno. Por las grandes posibilidades que para la estilística y la expresividad ofrece una lengua con hipérbaton como el latín, resulta francamente difícil la traducción a una lengua como el francés, cuya característica más definida es su espíritu cartesiano: el orden casi rígido y estricto de su frase. Lengua de la lógica y de la razón, es generalmente una lengua muy exacta, clara y precisa, con dificultades en principio para la expresión de la afectividad.

En antiguo francés —con una declinación de dos casos, entre otras razones— el orden de las palabras es bastante libre y ofrece buen número de posibilidades en la expresividad. Lo podríamos definir, desde este punto de vista, como lengua del corazón y de los sentimientos, en oposición al moderno, lengua del cerebro y de la razón. Ha ganado el francés en claridad y precisión, y ha perdido en cambio en posibilidades de expresividad. Pero, como el hombre no es sólo razón, sino también corazón, también el francés ha tenido que reaccionar contra la rigidez de su construcción. Y la reacción se ha manifestado en un doble sentido: por un lado con los recursos estilísticos en la lengua literaria; y por otro con los recursos de expresividad en la lengua popular y familiar que reacciona contra la frialdad y el rigor de la construcción clásica, contra ese exceso de lógica tan de apreciar y ensalzar por otro lado. Al mismo tiempo, las cosas y los acontecimientos se presentan y se manifiestan para el pueblo bajo un prisma o una lupa que nos las hacen ver como muy buenas o muy malas, no simplemente buenas o malas, y como muy grandes o muy pequeñas, y no simplemente como grandes o pequeñas. De ahí también el énfasis al afirmar o negar alguna cosa, y al ordenar o prohibir algo, e incluso al pedir o hacer un ruego positivo o negativo. En la lengua familiar es frecuente afirmar contundentemente, y negar con energía, rotundamente; y pedir con pasión, con energía; y preguntar con ansia, con preocupación, con interés. Es la explosión espontánea de los impulsos y sentimientos naturales sin pasar por la criba de las buenas maneras y de la razón.

Es la manifestación del corazón sin el control del cerebro. Por eso son tan características del lenguaje popular las exageraciones, repeticiones y redundancias, los aumentativos y diminutivos, los superlativos reforzados, etc. Aparte de ejemplos clásicos como *sortir dehors*, *achever complètement*, *c'est la vérité vraie*, *une petite maisonnette*, aduce Guiraud² el ejemplo de *piquer un roupillon* (= echar un sueñecito) que progresivamente se va hinchando en *piquer un petit roupillon*, *piquer un bon petit roupillon*, *piquer un bon vieux petit roupillon*, hasta llegar a *piquer un bon vieux petit roupillon des familles*.

Como ya hemos dicho, la lengua sirve para expresar ideas y pensamientos; pero también para exteriorizar nuestros sentimientos y nuestras emociones. Y la lengua popular se caracteriza por una marcada dosis de expresividad y de afectividad. Esto es un hecho para las distintas comunidades lingüísticas; pero muy particularmente para el francés, donde, por otra parte, puede tener unas consecuencias de suma importancia, ya que por un lado amenaza el ritmo oxítono *la ccánaille!*, *ce ssálaud!*, *l'imbbécile!*; y por otro destruye en ocasiones la secuencia progresiva gramatical (*mágnifique*, *ce tableau!*: determinante-determinado)³.

II. MORFOSINTAXIS EXPRESIVA

Las posibilidades que para la expresividad ofrecen la morfología y la sintaxis francesas son relativamente pequeñas. El francés es —en general— una lengua muy apta para expresar conceptos e ideas y para dar cuenta de hechos concretos; pero con muy pocas posibilidades para manifestar sentimientos y estados de ánimo.

Puede pensarse que la pérdida de la declinación y la simplificación del sistema de la conjugación han influido decisivamente en

² P. Guiraud, *Le français populaire*, Paris, Presses Universitaires de France, Colección «Que sais-je?», núm. 1.172, pág. 79.

³ Ch. Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, Berna, Francke, 4.ª edición, 1965, § 456.

este carácter. Sin negarles una cierta influencia —más bien pequeña— en la frialdad y falta de expresividad del francés, creemos que éstas son debidas a razones mucho más profundas.

En otro estudio⁴ hemos tratado de las marcas prefijadas en francés y las hemos puesto en relación con el ritmo oxítono que le es característico. El género y el número en el nombre, así como la persona en el verbo, están marcados en el francés actual no por una terminación, sino por una especie de prefijo: sea el artículo o algún otro determinante para el género y el número, sea el pronombre de conjugación para la persona, siendo en cambio mudas y generalmente inexistentes en la lengua hablada las terminaciones *-s*, *-e*, *-es*, *-ent*.

En provenzal es muy fácil la creación de palabras por derivación sufijal atribuyendo a cada una de ellas un matiz diferente. Por ejemplo, de *vielh* (= viejo) se han derivado *vieirié*, *vieisso*, *vieiounge*, *vieiour*, *vieiun*... El francés corriente, en lugar de formar palabras, prefiere dotar las ya existentes de nuevos significados y matices.

Los diminutivos y los aumentativos contienen casi siempre un matiz afectivo. En latín popular se prodigaron los diminutivos afectivos por ejemplo para los animales de la granja y para sustantivos muy familiares, dando origen a numerosas palabras francesas: *agnellus* (> *agneau*), *taurellus* (> *taureau*), *porcellus* (> *porceau*, diminutivo de *porc* < *porcus*), *avicellus* (> *oiseau*), *ovicula* (> *ouaille*, hoy consagrado para feligrés, «oveja del rebaño de Cristo, el Buen Pastor»), *auricula* (> *oreille*), *corbellus* (> *corbeau*), *pulla* (> *poule*), *pullicella* (> *pucelle*), *hirundella* (> *hirondelle*)... En algunos casos podría tratarse de dar más consistencia a palabras un tanto endebles. Pero no cabe duda de que en latín contenían casi siempre un claro matiz afectivo. Es frecuente en el lenguaje del campo designar con diminutivo los animales de la granja, así pequeños como de gran tamaño⁵.

⁴ J. Cantera, «Marcas prefijadas en francés», en *Homenaje a Menéndez Pidal, Revista de la Universidad de Madrid*, 18, II, págs. 53-65.

⁵ Recordamos a este respecto una escena a la que asistimos hace unos años en una aldea. Una buena mujer, que tenía por costumbre emplear diminutivos para todos sus animales, acababa de acariciar un hermosote cerdo llamándole *mi porquiño* cuando, para indicar a su chico de unos seis años que se apartara, lo hizo en forma tan expresiva como cruda diciéndole: *quita de ahí, animal!*

En español y provenzal es muy fácil formar un diminutivo con un simple sufijo. No así en francés, aunque el habla popular ha reaccionado contra la frialdad analítica del francés moderno y multiplicado el empleo de la derivación para estos matices afectivos. En español, con el sufijo *-ito* (y otros, entre los que cabe señalar *-ico*, *-ín*) formamos un diminutivo de cualquier sustantivo. En francés hay que recurrir casi siempre al adjetivo *petit*⁶. Existen naturalmente algunos diminutivos formados por sufijos. Pero son limitados y casi siempre se trata de restos de la antigua lengua. Nos quedan entre otros *fillette*, *garçonnet*, *maisonnette*, *lionceau*, *arbrisseau*, *chevreau*, *chevrette*, *noisette*, *marmouset*, etc. Pero para decir *mesita* no podemos decir *tablette* (que es otra cosa), sino que hemos de decir *petite table*; y para *manita* hay que decir *petite main* (pues *menottes* en plural o más exactamente dual ha pasado a ser *esposas*); y para *mamaita*, *petite maman*, etc., etc. Evidentemente el matiz afectivo del diminutivo español queda muy mermado en su expresión francesa aun con el adjetivo *petit*.

Para un aumentativo el español emplea alguno de los varios sufijos *-ón*, *-azo*, *-ota...*, cargados casi siempre de matiz expresivo, lo mismo que otros sufijos como *-aco*. El francés, para el aumentativo, ha de recurrir a los adjetivos *grand* y *gros*, aunque esta doble posibilidad le permite marcar alguna diferencia, por ejemplo entre *grand chien* y *gros chien*. El primero para indicar un perro grande en tamaño, alto; y el segundo para un perro fuerte, grueso. El español, en cambio, forma generalmente el aumentativo con el sufijo *-azo* que aparte de sus matices de despectivo y de aumentativo, sirve también para expresar la idea de golpe dado o propinado con tal o cual parte del cuerpo o con tal o cual instrumento⁷: *puñetazo*, *codazo*, *cabezazo*, *rodillazo*, *bastonazo*, *estacazo*, *paraguazo*, *sartenazo*, *trompazo...*

La derivación sufijal española es rica en matices afectivos y expresivos, difíciles de traducir al francés. *Forzudo* suele traducirse en francés por *fort*, *robuste*. Sin embargo, entre *fuerte* y *forzudo* hay una diferencia que percibimos muy bien, pero que resulta imposible traducir al francés, aunque podamos hacerlo a otras lenguas, unas

⁶ Sobre todo en traducciones, es frecuente en español el galicismo que consiste en emplear el adjetivo *pequeño* para indicar el diminutivo.

⁷ Existe también el galicismo *un telefonazo* (= *un coup de téléphone*) para «una llamada por teléfono».

más afines y otras menos afines que el francés. Lo mismo respecto a otros sufijos: *pelmazo* y *pelma*. El sufijo *-udo* tiene en español un matiz difícil de expresar fielmente en francés: *testarudo*, *forzudo*, *morrocotudo*, *cabezudo*. Lo mismo ocurre respecto al provenzal. Entre *banu* y *banaru* hay un matiz difícil de expresar en francés: *banu* sería simplemente *cornu*; y en cambio *banaru* habría de traducirse por *qui a de longues cornes* perdiendo gran parte del valor expresivo de *banaru*.

No viene al caso insistir en las razones que dificultan la derivación por sufijos en francés⁸. Pero recuérdese cómo hemos insistido en el carácter esencialmente oxítono del francés.

De acuerdo con el carácter afectivo de su población, el provenzal, como lengua meridional, es sumamente expresivo; y por eso es muy rico (como el español) en aumentativos y en diminutivos, cargados con frecuencia de preciosos matices afectivos llenos de expresividad, la mayoría de las veces intraducibles al francés. Porque, sobre todo en estas lenguas tan expresivas como el provenzal y el español, el diminutivo y el aumentativo no sólo sirven para indicar dimensiones de los objetos, sino también para exteriorizar y manifestar sentimientos, generalmente de simpatía (el diminutivo) y de aversión (el aumentativo). ¿No oímos con frecuencia a una viejecita hablar de su *Pepiño*, de su *Manolito*, de su *niñito*, o de su *chiquitín* que luego resulta ser un hombretón de pelo en pecho, fuertachón y corpulento? Y es que para ella ese diminutivo no indica en absoluto tamaño, sino simpatía; y esos *Pepiño*, *Manolito*, *niñito* o *chiquitín* van cargados de cariño y simpatía.

A la idea de pequeñez (que incluso puede no darse, como en los ejemplos anteriores) el diminutivo añade una idea o un matiz de simpatía, de cariño, de afecto, de gracia... Y así *mi casita*, en español, o *papaíto* o *mamáita* pueden encerrar una gran dosis de afecto, de cariño y simpatía que el francés ha de expresar por el adjetivo *chéri*: *ma maison chérie*, *papa chéri*, *maman chérie*. Pero esta construcción con *chéri* pospuesto obliga a un doble acento que da a este adjetivo un valor más intelectual que afectivo.

Español y provenzal disponen de varios sufijos para el diminutivo, que a veces pueden marcar algunas diferencias. Así, cabe distinguir

⁸ Puede consultarse nuestro estudio «Marcas prefijadas en francés», ya citado (nota 4).

entre *agnelèt* y *agneloun* (corderito o corderillo), diminutivos de *agnèu* (= cordero), el primero para indicar un joven cordero, y el segundo para cordero de leche⁹. Cabe incluso, así en provenzal como en español, el diminutivo de un diminutivo: *chatouneto*, diminutivo de *chatouno*, que a su vez lo es de *chato* 'niña', *aucelounet*, diminutivo de *auceloun*, que a su vez lo es de *aucèu* 'pájaro'. El español *chiquitín* puede considerarse como diminutivo de *chiquito*, que a su vez lo es de *chico*; y aún cabe *chiquirriquitín*.

Sobre todo en las lenguas expresivas, a la idea de gran tamaño el aumentativo añade con frecuencia la de repugnancia, aversión, fealdad, vejez... *Caserón* en español y *oustalas* en provenzal significan exactamente, con matiz más bien despectivo, «una casa grande y vieja» (como *casucha*, en español, desde el punto de vista diminutivo). *Vinazo* en español (lo mismo que *tintorro*) y *vinas* en provenzal sirven para señalar un vino grueso y de calidad inferior¹⁰. Cabe igualmente el aumentativo de aumentativo, con matiz más peyorativo aún. Por ejemplo, *vinassas* es aumentativo de *vinas*, que a su vez lo es de *vin*, y significa exactamente un vino de muy mala calidad, y no sólo de calidad inferior como *vinas*.

Característico asimismo del provenzal y el español es la facilidad de formar diminutivos de adjetivos, con matiz naturalmente de simpatía o afecto, y también difíciles de traducir al francés. Así tenemos en provenzal *bravet* y *bravihoun* que son diminutivos de *brave* ('simpático, agradable'). Y en español *pequeñito*, *chiquito*, *chiquitín*, *guapito*..., y otros del tipo *bravucón*, *simpaticón* que son aumentativos con claro matiz afectivo.

Aunque en antiguo francés era frecuente el empleo de sufijos para el diminutivo y el superlativo, el francés moderno, como ya hemos indicado, pierde esta posibilidad, en aras a su sumisión a la tiranía del ritmo oxítono y de su espíritu analítico. Pero la lengua popular y familiar se rebela contra esa frialdad y ese espíritu lógico y contra esa sumisión a la razón. Siente el deseo y hasta la necesidad de manifestar la sensación de agrado o desagrado que le producen

⁹ A. Gourdin, *Langue et littérature d'Oc*, Paris, Presses Universitaires de France, Colección «Que sais-je?», núm. 324, pág. 26; F. Mistral, *Lou Tresor dou Felibrige*; X. de Fourvières, *Lou pichot tresor*.

¹⁰ A. Gourdin, *Langue et littérature d'Oc* (nota 9), pág. 26; F. Mistral, *Lou Tresor dóu Felibrige*; X. de Fourvières, *Lou pichot tresor*.

las cosas, su sentimiento de simpatía o antipatía ante un objeto, etc., y recurre al procedimiento más sencillo y natural: el diminutivo para la idea de simpatía, agrado, afecto, cariño...; y el aumentativo para la antipatía, desagrado, repugnancia, fealdad. Y como la lengua normal del «bon usage» no le ofrece o proporciona esa posibilidad con un sistema de sufijos aplicables a cualquier sustantivo o adjetivo, ella misma se lo crea. Y por eso observamos no sólo una abundancia, sino incluso superabundancia en el empleo de sufijos diminutivos, aumentativos, frecuentativos... en la lengua popular y familiar. Muchos de estos sufijos existen en la lengua del «bon usage». Pero lo que no existe es su aplicación a cualquier sustantivo o adjetivo. Algunos sufijos son de empleo normal en contadas palabras: *-et, -ot, -on, -sseau, -ceau...* para el diminutivo (*garçonnet, fillette, Pierrot, chaton, arbrisseau, lionceau...*); *-ard, -aud* para el aumentativo o más bien para el despectivo¹¹ (*chauffard, vantard, grognard, rustaud, noiraud*); *-aille, -ille, -ouille* para el frecuentativo también a veces despectivo (*canaille, piétaille, pierraille, brindille*). La lengua popular ha sabido además aprovechar otros sufijos, varios de ellos adoptados de hablas regionales, como *-asse* y *-oche* (*fillasse, dégueulasse, maigroche*). Guiraud¹² habla de la posibilidad de construir un sistema de alternancias vocálicas correspondientes a sufijos populares atribuyendo valor diminutivo a la vocal aguda *i*, y valor aumentativo y despectivo a las vocales graves *a, u*, pudiéndose confeccionar el siguiente esquema para *y, s, f*:

<i>-ille</i>	<i>-aille,</i>	<i>-ouille</i>
<i>-isse</i>	<i>-asse,</i>	<i>-ousse</i>
<i>-iche</i>	<i>-ache,</i>	<i>-ouche</i>

También se da en la lengua popular y familiar la insistencia en el diminutivo afectivo por doble sufijo, como hemos señalado para el provenzal y el español. Es el caso, por ejemplo, del *barbichette* que aparece en el juego o entretenimiento *je te tiens, tu me tiens par la barbichette*. Otros ejemplos: *maigrichon, maigrelet, larmichette*, etc. No es raro que la lengua popular nos ofrezca también dimi-

¹¹ El sufijo *-ard* aparece también en *canard*, masculino de *cane*, formación expresiva con influencia del antiguo francés *ane*, del latín *anas, anatis*.

¹² P. Guiraud, *Le français populaire* (nota 2), pág. 71 ss.

nutivos dobles con marca anterior y posterior: *une petite maisonnette*, que en español sería «una casita muy pequeña», expresiones en las que no sólo se hace notar el tamaño reducido de la casa, sino también su aspecto o evocación agradable.

* * *

En la lengua popular y familiar abundan naturalmente los superlativos. Las cosas no son *grandes* o *pequeñas* sencillamente, *bonitas* o *feas*, *buenas* o *malas*, *agradables* o *desagradables*, etc., sino *muy grandes* o *muy pequeñas*, *muy bonitas* o *muy feas*, *muy buenas* o *muy malas*, *muy agradables* o *muy desagradables*. Y más que *muy agradables* o *muy desagradables*, *muy buenas* o *muy malas*, etc., tienen que ser *sumamente*, *infinitamente*, *extremadamente agradables* o *desagradables*, *buenas* o *malas*, etc.; y no simplemente *muy grandes* o *pequeñas*, *muy bonitas* o *muy feas*; sino por lo menos *muy muy grandes* o *muy muy pequeñas*, *muy muy bonitas* o *muy muy feas*... Esto ocurre lo mismo en español y en provenzal que en francés. En lenguaje popular o familiar es muy frecuente decir *elle était très très riche*, o *extrêmement riche*, o *infiniment riche*, o *formidablement riche*, o *épouvantablement riche*, o *vachement riche*, o *bougrement riche*, etc. El «bon usage» se resistiría a admitir las dos últimas expresiones: *vachement riche* y *bougrement riche*, y aún pondría reparos a *formidablement riche* y a *épouvantablement riche* y hasta no vería con buenos ojos *très très riche*, limitándose a aceptar *extrêmement riche* y también *infiniment riche*.

Pero la lengua popular es extremadamente rica en matices superlativos. No es raro oír, además de los ejemplos anteriores, otras expresiones como *elle était riche comme tout*, o *elle était d'un riche!* o *elle était riche comme on n'en peut plus*, o *elle était on ne peut plus riche*, o bien *elle était très riche, mais très très riche* (parecida al español *era muy rica, pero que muy rica*).

En la lengua popular se emplean con relativa frecuencia sustantivos en forma o grado superlativo. Por ejemplo *elle est très femme* y *j'ai bien peur*¹³. En construcciones como *il est d'une gaieté* y *c'est*

¹³ A. Dauzat, *Phonétique et grammaire historiques de la langue française* (nota 1), pág. 204.

la vérité vraie se trata de auténticos superlativos. *Il est d'une gaieté* quiere evidentemente decir que es *muy muy alegre, de una extraordinaria alegría*. *C'est la vérité vraie* (construcción idéntica a las españolas *es la verdad verdadera y de verdad verdadera*) es evidentemente otro superlativo, equivalente a *es muy verdad*.

El antiguo francés era mucho más rico que el moderno, así en el empleo del superlativo como en sus formas. Era una lengua menos sujeta a la frialdad de la lógica y de la precisión exacta y matemática, y en cambio mucho más expresiva y con muchas posibilidades para expresar las manifestaciones de la afectividad. De ahí que los superlativos se prodigarán con generosa abundancia. Frecuente era el empleo de *molt* (*mout, mult...*) procedente del *multum* latino que conservamos en el español *muy* y también en *mucho*. Y su empleo era frecuentemente reforzado por la partícula *par*¹⁴, ambas ordinariamente separadas del adjetivo, adverbio o sustantivo por un verbo, en ocasiones acompañado de varias palabras: *molt par est Charles ber*¹⁵ ('Carlos es extremadamente noble, o noble en grado sumo'); *mult par est proz sis cumpainz Oliver*¹⁶ ('Olivier su compañero es sumamente esforzado').

Esta partícula *par* se daba también para confirmar o cerciorar o intensificar la significación de un verbo. Y en ese caso se puede perfectamente hablar de un verbo en superlativo, aunque más exacto resulta hablar de un aspecto perfectivo o absoluto del verbo. Así por ejemplo, en la frase *che vin, ains c'on le p a ressiave*¹⁷ ('ese vino, antes de que se agotase del todo') el verbo picardo *essiaver*¹⁸, que significa 'vaciar, hacer correr el agua o un líquido', cobra el matiz de 'vaciar completamente, acabar, agotar', como si fuera un superlativo: 'vaciar bien, del todo, completamente, muchísimo'. Aparte de otros verbos como *parfaire* y *parvenir*, conserva aún el francés el verbo *parachever* (*par + achever*) en el que la idea de *achever* está plenamente reforzada por la partícula *par*.

Otros verbos, y también algunos adjetivos y pronombres indefinidos, tenían en antiguo francés una especie de superlativo expresado

¹⁴ Cabría decir que *par* es quien está reforzado por *molt*.

¹⁵ *Pèlerinage de Charlemagne*, 814.

¹⁶ *Chanson de Roland*, 546.

¹⁷ *Jeu de la Feuillée*, 942.

¹⁸ De *ex-ever*; *ex-aquare*. Recuerda el *épuiser* (*ex-puteu*) actual.

por la partícula *tres* (*trans*) que es el adverbio más frecuente para el superlativo actual. En la frase *ço sent Rollant que la mort le trespent*¹⁹ ('siente Rolando que la muerte se apodera fuertemente, irremisiblemente de él') el verbo *penre* (hoy *prendre*; del latín *prehendere*) refuerza poderosamente su significado de 'coger, tomar, agarrar' con la partícula *par* que le convierte en un auténtico superlativo, añadiendo a la significación de 'coger, tomar, agarrar' el matiz o valor de *fuertemente, poderosamente, irremisiblemente*'. En la expresión *et trestute sa gent*²⁰ ('y todos, absolutamente todos los suyos') el indefinido *tut* (hoy *tout*; del latín popular *tottus*, por *totus*) adquiere por la partícula *tres* el valor de un superlativo afectivo muy expresivo insistiendo en la idea de la totalidad. Al no haber en nuestras lenguas actuales el superlativo *très tous* o *muy todos* que por otro lado no llegaría a expresar exactamente *el trestute sa gent* del antiguo francés, hemos de recurrir a circunlocuciones como '*et tous les siens, absolument tous*', '*y todos, absolutamente todos los suyos*'.

* * *

En antiguo francés la creación de palabras mediante prefijo era muy frecuente. Estos prefijos han desaparecido en su mayoría en el francés actual o al menos han dejado de ser prefijos vivos ya que —salvo en el lenguaje popular— han dejado de emplearse en la formación de palabras. Queda vivo el prefijo *re-* que hoy ha limitado su valor al de iterativo. *Regarder*, por ejemplo, viene de *garder* reforzado con el prefijo *re-* (que en este caso ha perdido su valor iterativo). *Remplir* viene de *emplir* al que el prefijo *re-* añade un matiz de «completamente»; y así viene a significar '*llenar completamente, del todo, hasta los bordes*'. La lengua popular refuerza muchos verbos, sobre todo de inicial vocálica, con este *re-*. Y así oímos con frecuencia *rapprocher* por *s'approcher*, *renfermer* por *enfermer*, *restimer* por *estimer* (aunque existe *surestimer*), *récouter* por *écouter*, etc. Particularmente

¹⁹ *Chanson de Roland*.

²⁰ *Ibid.*

significativo es el verbo *raugmenter* aplicado sobre todo para los precios y con un valor expresivo muy interesante: *les prix raugmentent, la vie raugmente* ('los precios, la vida aumentan cada vez más', «de más en más», «progresivamente»). En este caso se trata evidentemente de un aspecto progresivo del verbo²¹.

Prescindiendo del refuerzo de adverbios y preposiciones como reacción a la multiplicación de palabras monosilábicas en francés (*assez*, de *ad + satis*; *après*, de *ad + pressum*; *aujourd'hui*, de *au jour de + hui* del latín *hodie*, etc.), señalaremos que no es raro en la lengua familiar y popular el empleo del adverbio en lugar de la preposición cuando aquél es una forma más llena, más larga, o reforzada. Y así oímos a veces *je suis resté dedans le café*, aunque no *dedans la rue*, sino *dans la rue*. Y es que este lenguaje popular no deja de ser muy preciso y no se le oculta que no se puede estar «dentro de» la calle, pero sí «dentro del» café.

* * *

El posesivo es particularmente apto para la expresividad, ya que ofrece unas posibilidades muy interesantes. En primer lugar cabe señalar la diferencia entre *il est resté le chapeau sur la tête* e *il est resté avec son chapeau sur sa tête*²². ¡Cuánto más expresivo resulta decir *il est resté avec son chapeau sur sa tête*, con posesivos, que *il est resté le chapeau sur la tête* con artículos! El posesivo parece insistir más aún en la idea de que quedó cubierto, con su sombrero en su cabeza. En la expresión *je l'ai vu de mes yeux* el posesivo *mes* insiste de tal manera en que «he sido yo quien lo ha visto» que puede representar el español *lo he visto con mis propios ojos*.

La primera persona sirve muy bien para testimoniar un particular afecto. Paul Géraudy —recuerda A. Dauzat—²³ observó agudamente cómo una madre hablando con su marido decía «*mon fils*» cuando

²¹ P. Imbs, *L'emploi des temps verbaux en français moderne*, Paris, Klincksieck, 1960, VIII + 272 págs.

²² F. Brunot et Ch. Bruneau, *Précis de grammaire historique de la langue française*, Paris, Masson, 1949, § 349.

²³ A. Dauzat, *Phonétique et grammaire historiques de la langue française* (nota 1), pág. 293.

estaba contenta con el comportamiento del chico; y, en cambio, cuando estaba disgustada con él, decía siempre «*ton fils*»: «*ton fils a été collé*», «*mon fils a réussi*». Una buena señora muy apegada a su familia, en contraste con el poco cariño que profesaba a la de su marido, hablaba siempre de sus sobrinas diciendo indefectiblemente «*mes nièces*» y nunca «*nos nièces*», cargando además muy fuertemente el acento sobre el posesivo singular: «*mes nièces*».

* * *

El francés, sin embargo, ha retrocedido no poco en las posibilidades de expresividad que le ofrece el posesivo. La antigua lengua admitía el refuerzo del posesivo por el artículo y hacía un gran empleo de esta posibilidad. Ya en la «Cantilena de Santa Eulalia» encontramos dos ejemplos: *elent adunent lo su on element*²⁴ ('ella reúne sus propias fuerzas'); *per la soue clementia*²⁵ ('por su propia clemencia'). Habremos observado que en algunas ocasiones el valor expresivo o afectivo del posesivo se puede expresar en español por el adjetivo propio: *je l'ai vu de mes yeux* ('lo he visto con mis propios ojos'); y estos otros casos en que el antiguo francés reforzaba el posesivo con el artículo.

Este refuerzo no se limitaba sólo al artículo determinado, sino que también se hacía con el indeterminado. Y así, junto a *li suenz ahanz* ('sus propios sufrimientos, esfuerzos'), *la meie mort* ('mi propia muerte'), *li miens cuers* ('mi propio corazón'), etc., expresiones como *un suens chevaliers* ('uno de sus propios caballeros'). Como observamos, la afectividad y carga de expresividad de estos posesivos reforzados por el artículo tienen fácil expresión en el refuerzo español *propio*. La Fontaine, que no sólo gustaba de arcaísmos en vocabulario y construcciones gramaticales, sino que tenía además un perfecto sentido de la expresividad, emplea expresiones como ésta: *il m'est mort un mien frère*²⁶ que no puede ser más expresiva para indicar la relación del muerto

²⁴ *Cantilène de Sainte Eulalie*, verso 15.

²⁵ *Cantilène de Sainte Eulalie*, verso 29.

²⁶ *Fables*, XII, 9 (*Le loup et le renard*).

con el que habla: no es *un de mes frères* como diría la lengua corriente para indicar *un hermano mío*, sino *un mien frère*; y además no se limita a decir *il est mort*, sino *il m'est mort*.

Cabía también en antiguo francés el refuerzo del posesivo por el demostrativo, posibilidad que también existe en español. El antiguo francés *ceste meie espee* puede expresarse en español por *ésta mi espada* o por *esta espada mía*. Lo mismo *cez lor chevaus* admite la doble traducción de *estos caballos suyos* y *estos sus caballos*. Entre *ésta mi espada* y *esta espada mía* cabe distinguir ligeros matices de afectividad y expresividad muy difíciles de expresar en francés moderno, ya que, aparte de *cette épée à moi*, habría de recurrirse a circunlocuciones como *mon épée que voici*.

En el «Padre Nuestro» en español decíamos hasta hace poco *venga a nos el tu reino*, reemplazado hoy por *venga a nosotros tu reino*, aunque gracias a Dios conservamos *santificado sea el tu nombre* (que ya muchos dicen *santificado sea tu nombre*) y *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*. La expresión *venga a nos el tu reino* conservaba un simpático matiz mucho más afectivo que el frío *venga a nosotros tu reino*, aunque la muy curiosa y original confusión con *vénganos en tu reino* justifique el cambio establecido.

Recordemos asimismo el *Muy Sr. mío* español que no puede traducirse en francés sino por *monsieur*, que en definitiva también incluye el posesivo.

El francés popular ha resucitado este refuerzo del posesivo por el artículo y emplea con relativa frecuencia expresiones como *le mien ami*, *la mienne tante*, mucho más expresivas (aunque naturalmente menos correctas) que *mon ami* y *ma tante*, o *un de mes amis*, *une de mes tantes*.

* * *

Es sabido que el francés se caracteriza por el empleo obligatorio del pronombre de conjugación salvo en el imperativo con el que en principio no puede emplearlo²⁷. Esto le resta posibilidades de expresividad que en cambio tuvo el antiguo francés y que tienen el espa-

²⁷ Puede verse nuestro estudio «Características y tendencias del francés actual», en *Filología Moderna*, 23-24, 1966, pág. 214 ss.

ñol y el provenzal. Contra esa merma o pérdida de expresividad ha tenido que reaccionar la lengua así popular y corriente como literaria. En español cabe distinguir entre *hablo* y *yo hablo*. Si *hablo* es en francés *je parle*, *yo hablo* (con pronombre *yo*, muchas veces expresivo para recalcar que soy *yo* quien habla) no puede ser sencillamente *je parle*, sino que ha de expresarse por *moi*, *je parle* o por *c'est moi qui parle*. Frente a la oposición francesa *tu pleures*, *moi je ris*, el provenzal ofrece tres posibilidades distintas, cada una con un matiz especial: a) *ploures, rise*; b) *ploures tu, i éu rise*; c) *ploures tu, rise i éu*, que equivalen a las españolas: a) *lloras, río*; b) *(tú) lloras, yo río*; c) *(tú) lloras, río yo*.

Así como el posesivo tiene un matiz particular en expresiones como *il est resté avec son chapeau sur sa tête*, también el pronombre personal de primera y segunda persona puede servir para algunos matices afectivos en un empleo que se ha dado en llamar «dativo ético».

En cierta ocasión oímos decir a una madre esta expresión: *Paco, véte me a comprar un kilo de melocotones*. Ese *me*, incorrecto en una lengua cuidada, tiene aquí todo un valor afectivo que equivaldría a *hazme el favor de...*, *te ruego que...*, *te agradecería que...*

Concretándonos al francés, los pronombres *me* y *nous* son con frecuencia empleados en la lengua familiar para señalar el especial interés que la persona que habla pone en el asunto o acción de que se trata²⁸. En *Pierre, fais-moi ça!* es mucho más expresivo el ruego que en *Pierre, fais ça!* En la expresión con *moi* parece que se demuestra más el interés que tenemos en que Pedro lo haga. Si una madre dice *mon enfant m'a fait une rougeole*, en ese pronombre personal señala cuánto le ha afectado el sarampión de su hijo, o por el disgusto y preocupación que le ha causado esa enfermedad, o por el trastorno que le ha ocasionado, o por las dos cosas a la vez, o en todo caso por cualquier otra razón que le haya podido afectar.

Los pronombres *te* y *vous*, por su parte, también son empleados en algunas ocasiones con valor expresivo para invitar a la persona a la que se habla a interesarse en el asunto de que se trata y

²⁸ P. Guiraud, *Le français populaire* (nota 2), pág. 86; H. Bonnard, *Grammaire française*, § 239.

a que participe en él²⁹. Es clásico el ejemplo tomado de La Fontaine en su fábula «*Le laboureur et ses enfants*»³⁰: *le père mort, les fils vous retournent le champ*. Ese *vous* parece como una invitación que nos hace La Fontaine a participar en esa empresa, o en ese negocio; como si el trabajo de esos hijos nos fuera a reportar beneficios también a nosotros. Se trata de un magnífico recurso estilístico para interesarnos en el asunto de la fábula.

En provenzal esta construcción es de un uso bastante frecuente, así en la lengua corriente como en la literaria. Mistral, por ejemplo, recoge en su diccionario: *vous trabarès que...*³¹ para indicar 'sucede, ocurre que...'. En la vida corriente no es raro oír expresiones como *Ah! te n'en plougue, mis ami, de sòu et de peceto de touto meno!*³².

El francés popular, en un abuso de expresividad, llega a doblar el pronombre: *il te vous étudie ses leçons tous les jours*.

* * *

Una construcción muy expresiva del español y del provenzal es la repetición del verbo en expresiones como *anda que te anda* en español, *marcho que marcharas* en provenzal, que no podemos traducir sencilla y llanamente en francés, precisamente por ese fenómeno sobre el que hemos insistido de su rigidez lingüística en contraste con la flexibilidad del español y del provenzal. Claro está que, como la lengua es capaz en principio de expresar todas las ideas y todos los sentimientos de manera más o menos exacta, el francés tiene la posibilidad de expresar estos matices aunque sea con circunlocuciones. En este caso concreto, para traducir *anda que te anda* en un lenguaje cuidado, habríamos de decir *et de marcher!* aunque evidentemente el *anda que te anda* español y el *marcho que marcharas* provenzal tiene un matiz que no llega a expresar el francés *et de marcher!*

* * *

²⁹ H. Bonnard, *Grammaire française*, § 239.

³⁰ *Fables*, V 9 (*Le laboureur et ses enfants*).

³¹ F. Mistral, *Lou Tresor dóu Felibrige*.

³² A. Gourdin, *Langue et littérature d'Oc* (nota 9), pág. 29.

El latín carecía de artículo; pero a pesar de ello era una lengua muy apta para la expresividad y con unos recursos estilísticos extraordinarios. En francés moderno el artículo, por su empleo normal y corriente, ha quedado reducido a un simple determinante. De ahí que latín y francés moderno carezcan de gramaticalización para la oposición «actual»-«virtual». La oposición correspondiente a *real* frente a *imaginario*, *concreto* frente a *abstracto*, *material* frente a *espiritual*, *existencia* frente a *esencia*, en definitiva *actual* frente a *virtual* puede en algunas lenguas tener su expresión mediante el empleo o no empleo del artículo. En griego el sustantivo $\kappa\alpha\kappa\acute{\iota}\alpha$ equivale propiamente a 'maldad', que es un concepto abstracto. Actualizado en cambio por el artículo, $\eta \kappa\alpha\kappa\acute{\iota}\alpha$ significa exactamente 'los malos', 'los individuos malos', 'las personas malas', 'los hechos malos'...

En antiguo francés también existía esta posibilidad, rica en recursos, pues cabía la oposición «sustantivo sin artículo» / «sustantivo con artículo», que podía ser determinado o indeterminado. Hacia el siglo XIII se hace de uso normal un nuevo artículo: el partitivo; lo cual amplía aún más las posibilidades. Pero, andando el tiempo, el artículo deja progresivamente de ser una palabra expresiva para convertirse en palabra de función y valor puramente gramaticales. Como principio general podemos afirmar que en antiguo francés hay que justificar el empleo del artículo, y que en francés moderno, en cambio, se ha de justificar su ausencia. Cabe señalar que ya en Chrétien de Troyes (del siglo XII, pero con una lengua que parece anunciar la clásica y que resulta más moderna que la de los autores posteriores) el artículo apenas tiene valor expresivo ni estilístico.

En antiguo francés el artículo tenía un valor expresivo extraordinario. Para la indeterminación absoluta no se empleaba artículo alguno. Por ejemplo «*cuers qui gist en (la) vielece ne pense pas a (la) jouece*» ('corazón que yace en vejez no piensa en placer'). *Cuers*, sin artículo alguno, es aquí un corazón en general, como una generalización. Como cuando decimos en español: '*ojos que no ven, corazón que no siente*'. Cuando se trata de algo indeterminado, pero que se ofrece en cierto modo presentado, el antiguo francés empleaba el artículo indeterminado. En *un clers si pert se frankise —par espouser en sainte eglise— feme qui ot un autre baron* ('se pierde el clérigo si libera del anterior vínculo matrimo-

nial —casándola en santa iglesia— a una mujer que ya tiene otro marido') *un clers*, con artículo indeterminado, quiere decir exactamente: «supongamos que un clérigo», o bien «pensemos en un clérigo y que ese clérigo...» Dice luego *feme* sin artículo alguno, porque es una mujer cualquiera, la que sea. En *un clers*, en cambio, el clérigo aparece como algo presentado, como en cierto modo conocido. El francés moderno no marcaría aquí diferencia alguna. En cambio en antiguo francés se ofrecen tres posibilidades: a) *li clers si pert*, b) *un clers si pert*, y c) *clers si pert*. En el primer caso, *li clers si pert*, el clérigo es ya bien conocido. En el segundo, *un clers si pert*, se trata de un clérigo que aún no conocemos, pero al hablar de él nos lo presentan como en cierto modo conocido. En el tercero, *clers si pert*, son los clérigos en general.

La Fontaine, que es un estilista extraordinario, nos ofrece magníficos ejemplos en la presentación de los animales. En la fábula «*Le geai paré des plumes du paon*»³³ nos dice: *un paon muait; un geai prit son plumage*; y en cambio en «*Le héron*»³⁴ dice: *un jour sur ses longs pieds allait je ne sais où le héron au long bec...* Al hablar del pavo y de la graja lo hace de una manera indeterminada. Pero al hablar de la garza, emplea el artículo determinado como si todos la conociéramos ya. Es un buen y acertado recurso estilístico. Estos ejemplos abundan en La Fontaine: *une grenouille vit un boeuf qui lui sembla de belle taille*³⁵; *une hirondelle en ses voyages...*³⁶; *un agneau se désaltérait...* *un loup survient à jeun*³⁷; *un riche laboureur sentant sa mort prochaine*³⁸; *un pauvre bûcheron tout couvert de ramée*³⁹, etc., por un lado, y en cambio por otro: *la cigale, ayant chanté tout l'été... elle alla crier famine chez la fourmi, sa voisine*⁴⁰; *autrefois le rat de ville invita le rat des champs*⁴¹, etc. Muy significativo el empleo del artículo determinado e indeterminado en estos versos: *la génisse, la chèvre et leur*

³³ *Fables*, IV 6 (*Le geai paré des plumes du paon*).

³⁴ *Ibid.*, VII 3 (*Le héron*).

³⁵ *Ibid.*, I 3 (*La grenouille qui veut se faire aussi grosse que le boeuf*).

³⁶ *Ibid.*, I 8 (*L'hirondelle et les petits oiseaux*).

³⁷ *Ibid.*, I 10 (*Le loup et l'agneau*).

³⁸ *Ibid.*, V 9 (*Le laboureur et ses enfants*).

³⁹ *Ibid.*, I 16 (*La mort et le bûcheron*).

⁴⁰ *Ibid.*, I 1 (*La cigale et la fourmi*).

⁴¹ *Ibid.*, I 9 (*Le rat de ville et le rat des champs*).

*soeur la brebis avec un fier lion*⁴²: la ternera, la cabra y la oveja son presentados con artículo determinado, como animales que nos son conocidos y familiares; el león, en cambio, que nos resulta más desconocido, es presentado con artículo indeterminado. En otras ocasiones recurre La Fontaine en sus fábulas a otros procedimientos de presentación muy evocadores: *maître, compère, commère: maître corbeau sur un arbre perché..., maître renard par l'odeur alléché*⁴³; *compère le renard se mit un jour en frais, et retint à dîner commère la cigogne*⁴⁴.

El artículo tenía con frecuencia en antiguo francés un valor afectivo-demostrativo que el francés moderno ha perdido salvo en algunas expresiones que son restos de la antigua construcción, como '*me parler de la sorte!*' que es una frase llena de expresividad, y en la que al matiz afectivo-demostrativo del artículo *la* se une el carácter expresivo del infinitivo.

Como hemos ido viendo en repetidas ocasiones, la lengua popular y familiar reacciona con frecuencia contra la frialdad y rigidez del «bon usage»; y algunas veces lo hace mediante el empleo del artículo. En las interpelaciones es frecuente el artículo determinado: *eh, les enfants!, venez, les enfants!, écoutez, la vieille!*, etc. Si repasamos la carta del restaurante, no será raro que se nos ofrezcan platos como *aux quenelles de brochet, aux coeurs d'artichauts, au perdreau à la coque*, etc., con artículo contracto, que posiblemente habremos ya observado en el nombre del establecimiento hotelero o casa de comidas: *Au pied de cochon, Au cheval blanc*, etc.

* * *

El orden de las palabras en la estructura de la frase es una de las cuestiones más importantes en el estudio de la estilística y de la expresividad. La estructura de la frase francesa es en general muy rígida y responde a un orden estricto que resiste a ser destruido. La frase francesa es como una línea recta y no admite variación salvo en condiciones concretas. Pero, frente al orden exacto y preciso del «bon usage», reacciona la lengua popular; y, bajo la influen-

⁴² *Ibid.*, I 6 (*La génisse, la chèvre et la brebis, en société avec le lion*).

⁴³ *Ibid.*, I 2 (*Le corbeau et le renard*).

⁴⁴ *Ibid.*, I 17 (*Le renard et la cigogne*).

cia de la emoción, la frase orgánica cede el paso a un lenguaje afectivo caracterizado por la ruptura del orden lógico, por la frase quebrada, por la exclamación, por la repetición, etc.

En latín, gracias en parte a la declinación, el orden de las palabras es bastante libre. Gracias a ello, el hipérbaton constituye un recurso de unas posibilidades estilísticas extraordinarias. Como ya hemos indicado en otra ocasión⁴⁵ la frase *Petrus osculat Paulam*, que sólo consta de sujeto, verbo y complemento directo puede expresarse de seis maneras distintas: a) *Petrus osculat Paulam*; b) *Petrus Paulam osculat*; c) *Paulam osculat Petrus*; d) *Paulam Petrus osculat*; e) *osculat Petrus Paulam*; f) *osculat Paulam Petrus*. Las seis significan lo mismo y dan cuenta de un hecho: que Pedro da un beso a Paula. Pero estas seis distintas formas de expresarlo no son caprichosas, sino que en principio cada una responde a unas circunstancias o a un estado de ánimo especiales⁴⁶.

También el español conoce estas posibilidades. Si, para que el nombre de la chica nos resulte más familiar, en lugar de Paula decimos Conchita, caben estas seis posibilidades: a) *Pedro besa a Conchita*; b) *Pedro a Conchita besa*; c) *a Conchita besa Pedro*; d) *a Conchita Pedro besa*; e) *besa Pedro a Conchita*; f) *besa a Conchita Pedro*. No cabe confusión alguna. Siempre hemos expresado el mismo hecho: que Pedro besa a Conchita, aunque al emplear una u otra forma lo hagamos bajo la influencia de tal o cual circunstancia o estado de ánimo.

En español podemos decir tranquilamente *¡las pulgas nos comen!* o *¡nos comen las pulgas!* Una y otra forma son perfectamente españolas y no ofrecen lugar a duda en su significación. En francés, en cambio, si en lugar de *les puces nous dévorent!* se nos ocurriese decir *nous dévorent les puces!*, en principio habríamos cometido una falta contra el «bon usage».

Y es que en francés no existe en principio más que un solo orden posible. El orden de las palabras en francés ha quedado reducido a un simple morfema, y no tiene el valor expresivo que tiene en español y latín y que tuvo en antiguo francés. Como hemos dicho

⁴⁵ Puede verse nuestro estudio «El orden de las palabras en francés», en *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967, pág. 125.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 125 ss.

tantas veces, el francés es lengua de la razón Y de ahí su precisión, su claridad, su orden; pero también su frialdad y su falta de expresividad, frente a las ricas posibilidades del latín y del español, y también del antiguo francés. Pero, como también el francés siente necesidad de manifestar sus sentimientos y exteriorizar su estado de ánimo y sus deseos, la lengua, así popular como literaria, ha reaccionado creando medios y procedimientos gramaticales para expresarlos. De una manera espontánea en el lenguaje afectivo, o estudiada e intencionada en el lenguaje literario, se pone de relieve o llama la atención sobre una palabra que, o por su significado especial o por la emoción que nos produce o provoca, merece hacerse destacar. El acierto del lugar en que se presenta o coloca una palabra dentro de una estructura gramatical es de un valor inestimable, como muy bien supo hacer destacar Boileau al decir de Malherbe⁴⁷ que *d'un mot mis en sa place enseigne le pouvoir*.

El primer puesto parece en general el preferido para la palabra o concepto que de manera espontánea e inconsciente o de forma intencionada se ha de hacer resaltar, sea el complemento directo, o el indirecto o uno circunstancial, o el sujeto, o el atributo, o un adverbio. Y con frecuencia se pone en cabeza haciendo llamar la atención sobre él por medio de la dislocación. Por ejemplo: a) complemento directo: *ce coquin, je le connais*; b) complemento indirecto: *à sa soeur, il envoie ce joli cadeau*; c) complemento circunstancial: *avec ses dents, il croque les noisettes*; d) el sujeto: *cet enfant, il n'étudie jamais*; e) atributo: *studieux, il ne l'est pas*; f) un adverbio: *consciemment, tu ne l'as pas fait!* En francés se recurre con frecuencia a la presentación por *c'est... que, qui; ce sont... que, qui*, etc.: *c'est à vous que je dois tout!* dice Pasteur recordando a sus padres⁴⁸; *ce sont les plus paresseux qui ont fini les premiers*. Introduciendo *vous* entre *c'est* y *que* por un lado, y *les plus paresseux* entre *ce sont* y *qui* por otro, resulta que el complemento de atribución *à vous* en el primer caso y el sujeto *les plus paresseux* en el segundo aparecen como en relieve en cada una de esas frases, para que nos demos bien cuenta de que precisamente han sido *los más vagos* los primeros en acabar y de que evocando Pasteur a sus padres les dice que precisamente *a ellos* es a quienes todo lo debe.

⁴⁷ Boileau, *Art Poétique, Chant I*, verso 133.

⁴⁸ L. Pasteur, *Discours*.

Aparte de *c'est... que, qui y ce sont... que, qui*, cabe también hacer la presentación o más exactamente la llamada de atención sobre algo por medio de *voilà: voilà le cadeau que je vais lui offrir*, en lugar de *je vais lui offrir ce cadeau*. Existe también la posibilidad de poner algo de relieve por *c'est* o *ce sont* y una dislocación: *c'est épouvantable, un orage au milieu d'une forêt*, o bien *un orage au milieu d'une forêt, c'est épouvantable*. Cabe asimismo otra especie de dislocación o bien con el fin de llamar la atención sobre algo, o bien bajo la influencia de la emoción por algún recuerdo, evocación o idea: *en avez-vous connu, de faux amis!* Esta frase interrogativo-exclamativa está cargada de afectividad ante el hecho de haber conocido o padecido falsos amigos la persona con la que hablamos. Lo que más nos afecta en este caso, o aquello sobre lo que pretendemos llamar la atención *les faux amis* aparece al final aunque con un pronombre *en* de anticipación y después de una breve pausa.

Como en el ejemplo anterior, es frecuente colocar al final de la frase la palabra sobre la que pretendemos llamar la atención o cuya evocación más nos afecta, sea sujeto o complemento, anticipándola con un pronombre llamado naturalmente de anticipación: *il est venu, ton père!*, en lugar de *ton père est venu*; *il en a reçu, des cadeaux!*, en lugar de *il a reçu des cadeaux*, y más exactamente aún *il a reçu beaucoup de cadeaux* o *de nombreux cadeaux*; *je la lui prêterai ma voiture!*, en lugar de *je lui prêterai ma voiture*; *tu lui as offert un joli cadeau, à ta fiancée!*, en lugar de *tu as offert un joli cadeau à ta fiancée*.

Una manera de llamar la atención sobre el atributo o sobre el adverbio consiste en colocarlo en cabeza seguido de la conjunción *que*: *paresseux que vous êtes!*, en lugar de *vous êtes paresseux* o de *que vous êtes paresseux!*; *heureusement que vous ne l'avez pas acheté!*

La alegría, la angustia, la preocupación, la tristeza, o cualquier otro sentimiento o emoción puede provocar una ruptura en el orden lógico de la construcción de la frase que puede llegar incluso a trastocarlo por completo o a reemplazar la frase seguida por otra quebrada con una serie de exclamaciones y tal vez de preguntas: *Eh*

*bien! vrai! non! je ne me trompe pas! c'est bien lui! là-bas! dans la Cour de Rome! devant la gare Saint-Lazare!...*⁴⁹.

Cabe también que bajo la influencia de la emoción o de cualquier sentimiento que nos afecta seriamente, repitamos el sujeto o un complemento: *je le sais très bien, moi, ce que je dois faire!; et pourquoi me le dire à moi ce que je devrais faire?*

Particular interés tiene la colocación del adjetivo calificativo. En algunas lenguas, como el alemán, suele ir delante del sustantivo. También en antiguo francés se le atribuía con mucha frecuencia ese puesto; pero gozaba de bastante libertad, lo cual ofrecía grandes posibilidades estilísticas y de expresividad: *halt sunt li pui e mult halt les arbres*⁵⁰; ... *que Carles tient, ki la barbe ad canue*⁵¹; *blanc ai le chief e la barbe chenude*⁵². La colocación de *blanc* y *chenude* en este último ejemplo es altamente significativa; pues, para hacer resaltar el sufrimiento y el dolor del padre de San Alejo y su vejez, el poeta insiste en la blancura de sus cabellos y de su barba; y lo hace colocando al principio y al final el adjetivo: *blanc ai le chief e la barbe chenude* ('blanca tiene la cabeza y la barba cana').

El francés moderno prefiere colocar el adjetivo calificativo detrás del sustantivo salvo una serie de adjetivos muy frecuentes que suelen colocarse delante (*petit, grand, gros...*)⁵³. Damourette et Pichon⁵⁴ nos ofrecen una interesante estadística que nos hace ver cómo de manera progresiva el adjetivo calificativo va dejando de colocarse delante del sustantivo y pasa a colocarse detrás de él. Como norma general puede afirmarse que los adjetivos intelectuales suelen colocarse detrás; y los sentimentales, en cambio, delante. Nos permitimos señalar que esta observación es de un interés particular en el campo de la expresividad. Muy significativa es a este respecto la distinta significación de expresiones como *un homme pauvre* y *un pauvre homme, un personnage triste* y *un triste persona-*

⁴⁹ R. Queneau, *Exercices de style*, Paris, Gallimard, 1947, pág. 73.

⁵⁰ *Chanson de Roland*, 2269.

⁵¹ *Ibid.*, 2306.

⁵² *Saint Alexis*, 406.

⁵³ J. Cantera, «El orden de las palabras en francés» (nota 45), pág. 130 ss.

⁵⁴ J. Damourette et E. Pichon, *Essai de grammaire de la langue française*, Paris, d'Artrey, 1911 y ss., II, pág. 114 ss.

ge, etc.⁵⁵, en que la colocación del adjetivo detrás o delante del sustantivo cambia su valor semántico precisamente por el matiz afectivo que adquiere el adjetivo colocado delante.

Este mismo carácter afectivo y expresivo del adjetivo colocado delante del sustantivo lleva consigo un acento expresivo o afectivo que recae sobre la primera sílaba consonántica del adjetivo: *un superbe édifice, un magnifique tableau, une épouvantable aventure, un admirable spectacle*. Esto destruye en cierto modo el ritmo oxítono del francés ya que el acento principal del grupo avanza hasta la primera sílaba consonántica del adjetivo, quedando un acento tónico secundario sobre la última sílaba pronunciada del grupo. A este respecto señala Bally⁵⁶ que es posible decir y escribir *folles dépenses*, pero no *fous frais*; *molle couche*, pero no *mou lit*; *laid visage*, pero no *laid nez*. Y la razón es que el francés evita la sucesión de dos sílabas acentuadas dentro del mismo grupo rítmico.

Cabe otro procedimiento para insistir sobre un adjetivo, y consiste en reemplazarlo por el sustantivo correspondiente convertido en complemento del nombre. Así, por ejemplo, en lugar de *une affaire importante* puede decirse *une affaire d'importance*; y en lugar de *une fille laide* cabe decir *une laideur de fille*; así como *une beauté de fille* en lugar de *une fille belle*. En algunas ocasiones caben tres construcciones distintas: a) *une vie misérable*; b) *une misérable vie*; c) *une misère de vie*; o bien a) *cet enfant paresseux*; b) *ce paresseux enfant*; c) *ce paresseux d'enfant*; o bien a) *ce Ciboulot cochon*; b) *ce cochon Ciboulot*; c) *ce cochon de Ciboulot*⁵⁷.

* * *

El carácter afectivo de una lengua suele tener una manifestación especial en la negación y en la manera de expresar el impersonal. La lengua familiar, sobre todo cuando uno se siente más afectado o impresionado por algo negativo o cuando se quiere insistir en la negación, usa y hasta abusa de refuerzos⁵⁸.

⁵⁵ J. Cantera, «El orden de las palabras en francés» (nota 45), pág. 131.

⁵⁶ Ch. Bally, *Linguistique générale et linguistique française* (nota 3), pág. 368.

⁵⁷ Algunos autores han considerado esta preposición *de* como expletiva, cuando en realidad se trata de la preposición para el complemento del nombre.

⁵⁸ J. Cantera, «Acerca de unos posibles calcos semánticos del hebreo en el francés», en *Sefarad*, 1954, págs. 323-333.

Este es el origen del segundo término de la negación francesa *pas, point, rien...* cuyo valor afectivo se ha ido borrando hasta desaparecer casi por completo, quedando reducido a simple marca de la negación, con posibilidad incluso de única marca, ya que la lengua popular admite prescindir de la partícula *ne*⁵⁹. El antiguo francés conoció el empleo expresivo del refuerzo de la negación. Perdido este valor en francés moderno, la lengua popular ha tenido que reaccionar creando otras formas y refuerzos, algunos de los cuales han pasado a la lengua normal adquiriendo en ella carta de naturaleza: *pas du tout, rien du tout, absolument pas, absolument rien*, etc.

Para la expresión del impersonal el latín popular eclesiástico adoptó el uso hebraico de emplear la palabra correspondiente a «hombre» (*ish* en hebreo bíblico, traducido por ἄνθρωπος en griego y por *homo* en latín). Resultaba sin duda más expresivo que la forma pasiva: *homo dicit* en lugar de *dicitur*. De ahí expresiones como *non in solo pane vivit homo* ('no sólo se vive de pan', o como suele traducirse 'no sólo de pan vive el hombre'). Este es, a nuestro modo de ver, el origen del *on* francés, calco semántico del hebreo a través del latín eclesiástico, sobre todo bíblico, y reforzado en la época franca por la misma construcción germánica *Mann - man*⁶⁰. En antiguo francés concurrían tres formas especiales para la expresión del impersonal: a) *on*; b) *se*; c) la tercera persona del plural. En «*Aucassin et Nicolette*», sin ir más lejos, encontramos las tres formas: a) *se vos peres fait demain cerquier ceste forest et on me trouve, que que de vous aviegne, on m'ocira*; b) *or se cante*; c) *or die n t et conte n t et fabroie n t*. Gastada con el uso la forma *on* del impersonal, pierde con el tiempo todo su valor expresivo debiéndose recurrir en la lengua familiar a otros rodeos para no perder la expresividad: *on dit par là; tout le monde dit; on vous dit...*

Prescindiremos del *ne* que algunos autores consideran como expresivo después de un verbo de temor (*craindre, avoir peur*), precaución (*prendre garde*), impedimento (*empêcher, éviter*), y después de algunas locuciones negativas. Pero no dejaremos de señalar con

⁵⁹ J. Cantera, «Características y tendencias del francés actual» (nota 27), página 225 ss.

⁶⁰ J. Cantera, «Acerca de unos posibles calcos semánticos del hebreo en el francés» (nota 58).

Bonnard⁶¹ que si el verbo principal está en forma negativa o interrogativa, el *ne* llamado expresivo no suele emplearse. Y así, junto a *je crains qu'il ne vienne*, se dice *je ne crains pas qu'il vienne*; y junto a *vous craignez qu'il ne vienne*, se dice *craignez-vous qu'il vienne*? Por nuestra parte apenas acertamos a hallar valor expresivo en este *ne* que más bien consideramos explícito así con estos verbos de temor, precaución e impedimento, como después de *avant que*, *de peur que*, *à moins que...* y en las oraciones comparativas *plus que*, *moins que*.

* * *

La consideración del tono es de sumo interés desde el punto de vista de la sintaxis expresiva. Para no alargar demasiado esta primera parte, no trataremos ahora de él y lo dejaremos para el segundo artículo que —como ya hemos indicado— dedicaremos al estudio de la fonética y de la semántica expresivas y a algunas consideraciones acerca de la ortografía desde este punto de vista.

JESÚS CANTERA

⁶¹ H. Bonnard, *Grammaire française* (nota 29), § 233.